

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**LA MUERTE DE ALGUNOS FAMOSOS
SARTRE, FREUD, NIETZSCHE, NAPOLEÓN, VOLTAIRE,
MUSSOLINI, MANUEL AZAÑA**

S. MILLÁN – 2023

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Jean Paul Sartre.

Sigmund Freud.

Friedrich Nietzsche.

Napoleón.

Voltaire.

Benito Mussolini.

Manuel Azaña.

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

En este libro queremos manifestar cómo el no creer en Dios o el ser anticristianos radicales nos puede llevar la vida por mal camino. Por eso hemos presentado la muerte de algunos famosos para demostrarlo. Ciertamente para los ateos la muerte es el final y no quieren morir por instinto natural, pero como la muerte es algo inevitable, se sienten al final desesperados o decepcionados, porque creen que van a caer en una nada eterna y todo lo que han hecho o querido hacer no les habrá servido de nada. Muchos se desesperan, otros simplemente se sienten desmoralizados y no faltan quienes desean terminar con sus dolores o enfermedades con el suicidio o la eutanasia.

Algo parecido podemos decir de aquellos que, aunque digan que creen en Dios, viven como si no existiera. Porque al final también se sentirán decepcionados de todo y quizás crean que nada valió la pena. Y, si no se arrepienten, el haber creído en un Dios lejano no les ayudará a morir en paz.

Por eso es clara la diferencia entre los que se arrepienten y los que no lo han hecho y han perseverado en su ateísmo hasta el final. Vivir es un gran regalo de Dios, pero esta vida no es un paraíso perfecto. En la condición actual del ser humano tendremos muchas limitaciones personales y muchos fracasos y muchos sufrimientos. Ello nos dará la oportunidad de decidir por Dios o contra Dios, ya que Dios no quiere hacernos felices a la fuerza como si fuéramos robots sin libertad. Él quiere que respondamos a su amor con nuestro amor para que decidamos vivir eternamente con él en el cielo y seamos felices. Si no lo amamos y preferimos vivir eternamente lejos de él, respetara nuestra libertad y podremos ir a vivir con los demonios y otros condenados.

¡Qué triste es vivir esta vida sin la responsabilidad de vivir para la eternidad y solo ver lo inmediato y querer vivir felices en este mundo sin pensar en el más allá! Para muchos, ser felices en este mundo significa solo estar satisfechos de tener toda clase de placeres, pero sabemos que los placeres son cosas que satisfacen el cuerpo por momentos, pero no dan la felicidad, que es algo del alma y es permanente.

Seamos responsables de nuestra vida y de nuestro futuro eterno. No vivamos solo para los cuatro días de este mundo. Vivamos para la eternidad y, al final, Jesús nos dirá como dice en el Evangelio: *Ven, bendito de mi Padre, a gozar del reino eterno que te he preparado desde el principio del mundo* (Mt 25,34).

JEAN PAUL SARTRE (1905--1980)

Sartre fue un filósofo, escritor, novelista, activista político y crítico literario francés, uno de los fundadores del existencialismo. Para él la muerte como el nacimiento es algo absurdo. Dice que se nace sin motivo y se muere por casualidad. Y anota que la muerte es ruptura, quiebra, límite, caída en el vacío. Para él, que era ateo, la muerte, lejos de dar un sentido a la vida, le quita toda su significación. El nacer es como arrojarnos como presa de los vivos. Por eso dijo que el infierno son los otros (en su libro *A puerta cerrada*) y que el hombre es una pasión inútil, es decir, nada; y su existencia le lleva a la nada eterna, a caer en un abismo vacío sin fin.

En su libro *El ser y la nada* insiste en que es absurdo que hayamos nacido y es absurdo que muramos. Evidentemente para él, que no creía en Dios, la vida sin un futuro es nada y vacío. Vivir para qué, para quién. Sartre solo encuentra algo de sentido en realizar nuestros planes y proyectos humanos, pero ¿qué queda de todo eso para uno después de su muerte?

Algunos, viendo la realidad del mundo en que vivimos, dicen: ¿Por qué hay tantas desgracias? ¿Tanto sufrimiento? ¿Tantas injusticias y tantos crímenes? ¿Por qué tantas enfermedades mortales? ¿Por qué existe este mundo? ¿Por qué existe el hombre y para qué? El ser humano ¿es un ser para la muerte o para la vida? Muchos reaccionan y creen que esta vida hay que aprovecharla, consiguiendo todos los placeres posibles. De hecho, muchos van por ese camino y se divierten, se drogan, se hunden en el sexo o en conseguir dinero, aunque sea de malas maneras. Para muchos lo único que sirve es tener poder, fama y dinero con salud para disfrutar de todos los placeres que ofrece la vida. Y cuando ya esté uno anciano o enfermo y no pueda disfrutar, el único camino que se ve como razonable para ellos es el suicidio, algo que ya lo pensaban y hacían los antiguos romanos. Sartre sigue prácticamente este mismo camino de disfrutar todo lo que se pueda.

En 1977 firmó con otros filósofos franceses una petición para despenalizar las relaciones homosexuales con menores así como la reducción de la edad de consentimiento sexual, basándose en el Caso de Versalles, en que tres adultos fueron condenados por tener relaciones con menores de 15 años sin violencia. Se unió sin casarse con Simone Beauvoir, el amor de su vida, que es conocida en el mundo entero como promotora del feminismo radical, especialmente con su libro *El segundo sexo*. En este libro habla sobre el papel de la mujer en la sociedad. Una de sus frases más famosas, que es muy utilizada en la ideología de género, es *La mujer no nace, sino que se hace*. Y esto se aplica también al hombre, ya

que debe haber igualdad total entre ambos, prescindiendo de la biología personal, dando más importancia a lo que uno quiere ser.

Con ella Sartre hizo un acuerdo para tener ambos libertad total para tener relaciones sexuales con cualquiera. Él, según los que lo conocieron, tenía cuatro amantes simultáneas y, si fallaba alguna, iba a los prostíbulos, pero siempre mantuvo a Simone como su amor fundamental. Como vemos, la idea de disfrutar al máximo posible de los placeres fue un punto básico de su vida, por encima de sus ideas filosóficas.

Niega que el mundo y el ser humano sea producto de un diseño inteligente (Dios). Consideraba al ser humano condenado a ser libre, responsable de su vida, sin excusas, aunque para ello estaba en parte condicionado por las circunstancias externas. De todos modos, afirma que, aunque el hombre sea libre y responsable de sus actos, no tiene que dar cuenta a nadie de sí mismo. Por tanto puede, queriendo o sin querer, convertir su libertad en libertinaje y vivir para el placer sin responsabilidad alguna ante nadie. Eso es proclamar la libertad sin responsabilidad. Sin embargo, el psiquiatra judío austríaco Víctor Frankl decía que así como en la parte este de Estados Unidos existe la estatua de la libertad, en la parte oeste debía colocarse la estatua de la responsabilidad. Ambas deben ir unidas para que la vida valga la pena vivirla ante Dios y ante los hombres. Sartre ciertamente dice que la libertad debe ser ejercida con responsabilidad, pero pareciera que entiende responsabilidad con el hecho de hacer lo que uno quiera sin dar cuenta a nadie.

Le concedieron en 1964 el premio Nobel de literatura, pero no quiso aceptarlo por considerarlo contra sus creencias personales. En la segunda guerra mundial fue llamado a filas y fue capturado por los alemanes en 1940. Pudo escaparse y apoyó la resistencia francesa. Por otra parte sus ideas lo acercaron al comunismo. En varias ocasiones viajó a Moscú. También apoyó la revolución cubana y la revolución cultural china de Mao. Participó en la revolución de los jóvenes franceses de 1968, apoyó la independencia de Argelia y condenó abiertamente la guerra de Vietnam contra Estados Unidos.

Con los años su salud empezó a decaer y no pudo seguir escribiendo. En 1980 fue internado en un hospital de París debido al padecimiento de un edema pulmonar y de una crisis hipertensiva, muriendo el 15 de abril de 1980.

Simone Beauvoir, su amada amiga íntima que lo acompañó a lo largo de su vida y en sus últimos momentos, nos dice en el libro *La ceremonia del adiós*, Ed. El País, Madrid, 2003, que era un fumador empedernido, le gustaba el whisky y se emborraba de vez en cuando. Al final tenía problemas para andar y estaba casi ciego.

Refiere: El doctor un día le habló seriamente, diciéndole que solo salvaría sus piernas dejando de fumar. Si no, sería necesario cortarle los dedos gordos de los pies, luego los pies y después las piernas. Sartre quedó impresionado ¹. Solo tenía el 30 % de circulación en las piernas. Se atiborraba de corydrane y tenía una estrechez congénita de las arterias. Por su parte, Simone dice que ella por tantos problemas tomaba Valium y a veces para calmarse bebía también demasiado whisky.

Fueron amigos íntimos toda la vida. Él había tenido muchas amantes. Ella dice: *Siempre tenía mucho trato con mujeres jóvenes*. Y él decía, estando ya enfermo: *Nunca he agradado tanto como ahora a las mujeres* ².

En la última etapa de su vida, ya había dejado de fumar y solo bebía alcohol en pequeñas dosis, pero un día lo encontraron tirado en la alfombra de su habitación con una terrible resaca de la borrachera. *Supimos que hacía traer whisky y vodka por sus amigas, ignorantes del peligro que tenía* ³.

Y anota Simone: *Sartre había vivido siempre proyectado al futuro, no podía vivir de otra manera. Reducido al presente (por enfermedades) se consideraba un muerto*. Viejo, con su cuerpo en peligro, casi ciego. Un día se agravó su salud. Empezó a tener escaras y su vejiga le funcionaba mal. Era uremia, decían los médicos, y le dijeron que sus riñones ya no estaban irrigados y no funcionaban. Simone le daba a entender que se recuperaría. Lo llevaron al hospital. Simone dice claramente: *Siempre me había dicho que en caso de cáncer o de otra enfermedad incurable quería saberlo* ⁴.

¿Quería saberlo para que le hicieran la eutanasia o aprovechar un momento para suicidarse? Eso es lo que se temía. Anota Simone: *Si hubiera conocido con más precisión la amenaza que pendía sobre él, habría ensombrecido inútilmente sus últimos años. De todas maneras mi silencio no nos separó*. Y aclara: *Su muerte nos separa. Mi muerte no nos unirá* ⁵. Evidentemente que para un ateo que solo piensa en gozar de esta vida, cuando se acaban los goces y placeres, se le acaba el sentido de la vida y se piensa en terminar con cualquier enfermedad o limitación que le haga insoportable vivir sin gozar. Por eso, si él y ella no tenían la convicción de los creyentes de que hay algo más después de la muerte, solo piensan que después no hay nada y solo se muere para caer en un abismo de vacío y de nada eterna. Por eso ella anota: *Mi*

¹ Ib. La ceremonia del adiós p. 203.

² Ib. p. 217.

³ Ib. p. 235.

⁴ Ib. p. 251.

⁵ Ib. p. 251.

muerte no nos unirá. En cambio un creyente podría haber dicho con seguridad: Mi muerte me unirá a mi esposa o esposo para siempre ya que estaremos unidos y felices para siempre en el cielo, disfrutando juntos de la felicidad que Dios nos concederá más allá de la tierra y del sol, más allá de las estrellas, más allá de lo temporal, pues la muerte solo será un puente entre lo temporal y lo eterno, entre lo temporal y lo definitivo. La muerte será para el creyente la puerta del cielo, donde viviremos eternamente con Dios y los ángeles y santos. Amén.

SIGMUND FREUD (1856-1939)

Es el padre del psicoanálisis y uno de los intelectuales que más influyeron en el siglo XX. A medida que iba cumpliendo años, sus manías eran cada día más patentes. Le asustaban los helechos. Todos los días seguía la misma rutina: tras almorzar a la una en punto de la tarde, se levantaba de la mesa y daba un paseo que invariablemente sumaba tres kilómetros, siempre a la misma hora, por las mismas calles y con la misma duración. Él, que se consagró al estudio de las fobias y sentó bases para su tratamiento, tenía un conjunto de ellas, especialmente relacionadas con los números. Le aterraba el número 62. Cuando puso su consultorio privado, solo atendía a los que le podían pagar bien. Siempre se negó a atender a la gente pobre. Por eso, primero acordaba el precio de los tratamientos y el pago antes de proceder a la cura del paciente. Llegó a tener mucho dinero y despreciaba a sus colegas que trabajaban gratis con pacientes pobres, lo que él no lo entendía en absoluto.

Por otra parte, tenía una gran dependencia del tabaco. Fumaba durante todo el día. Sus conocidos hablan de unos 20 cigarrillos diarios por lo menos. Creía que el tabaco mejoraba su productividad y escribió: *Fumar es indispensable, si no se tiene a nadie a quien besar*. Hacia 1880 empezó a consumir cocaína y estaba tan convencido de sus virtudes para la salud que predicó sus bondades con una convicción absoluta. En 1884 publicó un ensayo sobre la aplicación de la cocaína en el tratamiento de enfermedades mentales, incluso para combatir la adicción a la morfina y al alcohol. Pero en 1896 sospechó que el consumo de cocaína afectaba su capacidad intelectual y le producía taquicardias. Dejó la cocaína, pero siguió con el tabaco. Hacia 1920 le diagnosticaron un agresivo cáncer en la boca. Era carcinoma en el paladar derecho y que se fue extendiendo al maxilar superior. Tuvo que someterse a 33 operaciones y tratamientos con radioterapia, pero no consiguió la salud.

Esto lo llevó en 1939 a solucionar el problema, queriendo que le hicieran la eutanasia. Habló con el doctor Schur y le animó a que le ayudara a solucionar sus sufrimientos. Schur le suministró 400 miligramos de morfina y en menos de 24 horas murió. Era el 23 de septiembre de 1939. La eutanasia se realizó en su

casa de las afueras de Londres, donde se había refugiado para huir del régimen nazi.

Sus conocidos aseguran que tenía obsesión con la idea de la muerte y que a veces se despedía diciendo: *Adiós, tal vez no vuelva usted a verme nunca más.* A veces le gustaba calcular la fecha en que moriría. Cuando tenía 38 años estaba convencido de que apenas le quedaba una década de vida. Cuando se aproximaba a los 60 años, volvió a pensar que como mucho viviría hasta los 62 años. Al cumplir los 80 años, daba por descontado que moriría a los pocos meses con 81. Expiró a los 83 el 23 de septiembre de 1939.

El doctor Schur nos dice: *Le inyecté dos centigramos de morfina. Sintió un pronto alivio y cayó en un sueño tranquilo. Entró en coma y nunca más despertó. Fue el final de una vida consagrada al psicoanálisis, mientras tenía muchas manías propias. Como ateo, no encontraba sentido a la vida más que en el dinero y en todos los placeres y comodidades que el dinero le podía proporcionar. Por eso, decidió poner fin a su vida con la eutanasia.*

FRIEDRICH NIETZSCHE (1844-1900)

Cuando estaba en el colegio, sus compañeros se burlaban de él debido a su seriedad, porque buscaba la soledad. Estudió teología y filología clásica con el fin de convertirse en pastor de su Iglesia como su padre. Pero abandonó el estudio de teología para dedicarse a la filología clásica. Se cree que en sus años de estudiante contrajo la sífilis. En 1867 hizo un año de servicio militar voluntario con la división de artillería prusiana de Naumburg. Al año siguiente tuvo un accidente ecuestre que lo dejó inútil para el servicio. Se fue a Basilea y renunció a su ciudadanía alemana, pero sirvió en el bando prusiano en la guerra franco-prusiana de 1870 como camillero. En el frente contrajo difteria y disentería.

Entre 1883 y 1885 escribió su obra más celebre y controvertida: Así hablaba Zaratustra, donde expresa su famosa frase: *Dios ha muerto, ahora queremos nosotros que viva el superhombre* ⁶. Él afirma que los valores tradicionales cristianos representaban una moralidad esclava, una moralidad creada por personas débiles y resentidas que fomentaban comportamientos como la sumisión y el conformismo, porque tales conductas sirven a sus intereses. Él dice que hay que crear valores nuevos, un superhombre que afirme la vida, incluso el sufrimiento y el dolor de la existencia humana, que refleje la fuerza e independencia de quien está emancipado de las ataduras de lo humano,

⁶ Así hablaba Zaratustra, Ed. EDAF, Madrid, 2002, p. 290.

envilecido por la docilidad cristiana. Anota que todo proyecto humano debe estar motivado por la voluntad de poder sobre los otros y sobre uno mismo.

A los 44 años sufrió un colapso mental. Ese día fue detenido, porque, según dicen, vio cómo maltrataban a un caballo en la plaza Carlo Alberto y corrió hacia él y lanzó sus brazos rodeando el cuello del animal para protegerlo, desvaneciéndose acto seguido contra el suelo. En 1889 fue ingresado en un manicomio por parálisis progresiva. Falleció en Weimar el 25 de agosto de 1900 después de contraer neumonía. Fue incinerado como su padre en la iglesia de Röcken.

En sus últimos 11 años no reconocía a nadie. En el manicomio se puso negligente con su cuidador personal y el lugar donde vivía. Ya desde 1886 el dueño del hotel donde se alojaba en Turín refiere que hablaba solo y cantaba y bailaba desnudo en su habitación. En su etapa de Jena presentó ataques de ira, golpeando a algunos compañeros del asilo y confundió a su cuidador con Bismarck. Se bebía su propia orina, ensuciaba su cuerpo con heces y tenía coprofagia.

Algunos cuestionan lo de que tuviera sífilis, pues creen que nunca tuvo relaciones sexuales. La vida de Nietzsche fue solitaria y trágica. Desde los 32 años vivió prácticamente solo, acompañado de su piano y la música que tanto amaba. Según él, la vida sin música es un error. Su súbita caída en picado desde el pensamiento más avanzado de su tiempo a la total demencia, parece incomprensible. Los últimos 11 años con su locura pasaba mucho tiempo acurrucado en un rincón. Un triste final de un hombre que no creía en Dios y no tuvo el consuelo de saber que Dios existe y es un Padre que nos ama, a pesar de las enfermedades y limitaciones, y nos espera a la puerta del cielo para que, terminada nuestra estadía en la tierra, podamos comenzar una eternidad llena de paz, amor y felicidad en el cielo para siempre, para siempre. Con esto queremos decir que vale la pena vivir, aunque sea con limitaciones personales, enfermedades o sufrimientos de cualquier clase con tal de que al final se nos abra la puerta del cielo para siempre. La muerte para el creyente en Dios solo es un paso de lo temporal a lo eterno, y este paso es para la eternidad. Por eso vale la pena vivir con Dios y para Dios, en una perspectiva eterna, para ayudar, amar y hacer el bien a los demás. Amén.

NAPOLEÓN

Sobre los datos de los casi 6 años que pasó prisionero en la isla de Santa Elena, tenemos documentos auténticos que nos dicen claramente lo que pasó. Entre estos documentos tenemos el *Memorial de Santa Elena*, escrito por Emmanuel Les Cases, que estuvo casi hasta el final con él en la isla, pero sobre todo está el testimonio de su médico ateo, el doctor Antommarchi; de su ayudante de cámara el señor Marchand; el sacerdote Vignali, que lo atendió espiritualmente; del general Bertrand, no creyente; y el del marqués Montholon. Estos testimonios fueron recogidos en un libro por el antiguo teniente imperial Robert Antoine de Beauterne en su libro *Conversations religieuses de Napoleón, avec documents inédits de la plus haute importance*, publicadas en París en 1841.

La isla de Santa Elena se encuentra en medio del océano Atlántico a 1950 kilómetros de África y 3.500 de América. Había una guarnición de 2784 soldados ingleses y Napoleón llegó allí el 17 de octubre de 1815. Una de las cosas que más extrañó fue no tener un sacerdote para tener ayuda espiritual. Un domingo dijo a los presentes: *Hoy es domingo. Si estuviéramos en un país cristiano y tuviéramos un sacerdote, nos hubiera hecho pasar unos momentos apropiados en esta jornada. A mí siempre me ha agradado el sonido de las campanas. En esta isla de protestantes hay dos cosas que me faltan: el sonido de las campanas y también un sacerdote.*

Él mismo escribió una carta, pidiendo a su tío el cardenal Fesch, que interviniera ante las autoridades inglesas para pedir un sacerdote católico, un cirujano y un cocinero. Las cosas no fueron fáciles, pero con el tiempo se consiguió. En septiembre de 1819 llegaron a la isla dos sacerdotes corsos: el padre Buonavita, anciano, que tuvo que irse al poco tiempo enfermo, y el joven sacerdote Vignali. También llegó el doctor Antommarchi, que era ateo. El emperador, desde el primer día organizó las cosas. Nos dice el marqués Montholon: *Quiso la misa al día siguiente y lo mismo todos los días y domingos. Después de tanto tiempo no quería perderse esa gracia. También pidió que todos los días en una sala vecina se tuviera la Exposición del Santísimo con las oraciones de las 40 Horas* ⁷. Mandó que se preparara un altar móvil en el comedor y determinó que la hora de la misa fuera de nueve a diez de la mañana. Me ordenó organizar todas las cosas para la misa... Dijo: *Ahora que estoy en Santa Elena ¿por qué disimular lo que siento en el fondo del alma? Yo asistiré a la misa todos los días, pero no exijo a nadie que me acompañe, que vengan los que deseen seguirme* ⁸.

⁷ Ib. p. 244.

⁸ Ib. p. 91.

Todavía no estaba enfermo y, al entrar en la capilla, lo primero que hacía era la señal de la cruz, se arrodillaba y estaba con las manos juntas con todas las señales de estar recogido. Al momento de la elevación de la hostia y del cáliz, él inclinaba la cabeza con un sentimiento profundo de adoración. El marqués Montholon y el general Bertrand hacían de acólitos. Los viernes pedía pescado para guardar abstinencia como mandaba la Iglesia algunos viernes ⁹.

Sabía que algunos, como el general Bertrand, no eran creyentes y él decía claramente: *Existe una causa divina, una razón soberana, un ser infinito que es la causa de las causas, ante el cual yo soy una verdadera nada. Yo lo siento, es Dios, yo lo veo (en la naturaleza), yo lo necesito y creo en él. Si ustedes no lo sienten o no creen en él, peor para ustedes* ¹⁰.

En las *Memorias* del doctor D'Omeara escribe: *Un día lo vi, leyendo el Nuevo Testamento. Le dije que muchas personas no creerían que estaba leyendo tal libro, porque todos pensaban que no creía en nada. Napoleón me respondió: "Eso no es verdad, yo estoy muy lejos de ser ateo. Cuando yo llegué a ser jefe del gobierno, hice todo lo posible para restablecer la religión, que es de gran consuelo para el que la tiene y, además nadie puede decir lo que hará cuando lleguen sus últimos momentos"* ¹¹. Podemos decir que, aunque Napoleón fue responsable ante Dios y la humanidad de la muerte de millones de personas a través de sus guerras, y lo mismo de saqueos y crueldades de sus tropas, cuando llegó a Santa Elena, su gran soberbia se bajó y entendió que estaba en el tiempo final de su vida y debía pensar en Dios y en el más allá. Trataba de justificarse de sus actos pasados y hablaba de sus cosas buenas, pero se le veía humildad y aceptó la fe católica de su infancia de todo corazón.

El 9 de noviembre de 1817 le dijo el doctor D'Omeara que en Inglaterra había diferentes opiniones sobre sus creencias. Él respondió: *Yo creo lo que cree la Iglesia católica*. Cuando el Papa estuvo preso en Fontainebleau lo trató bien y le asignó 100.000 coronas al mes para sus gastos y los de sus ayudantes ¹². Y dijo en varias ocasiones con toda claridad: *Yo soy católico romano y creo lo que cree la Iglesia* ¹³.

Cuando se sintió enfermo, perdió el apetito, estaba lívido con un aspecto cadavérico. Tenía escalofríos, le rechinaban los dientes, tenía dolores abdominales y fiebre. El 3 de abril de 1821 se perdió toda esperanza de que

⁹ Ib. p. 93.

¹⁰ Ib. p. 101.

¹¹ Beauterne, *Conversations religieuses de Napoléon avec des documents inédits de la plus haute importance*, París, 1841, p. 59.

¹² Ib. p. 72.

¹³ Ib. 80.

podiera recuperarse. Se preocupó de poner en orden los asuntos temporales y espirituales. Hizo su testamento, que comenzaba así: *Yo muero en la religión apostólica y romana*. Varios días habló durante horas a solas, estando ya en cama, con el sacerdote Vignali, pues el padre Buonavita se había ido por enfermo. Con seguridad se confesó y recibió la comunión y la unción de los enfermos el 30 de abril de 1821. Dos veces comulgó por Viático antes de morir, una el 29 de abril, pues fue el primer día en que no tuvo vómitos y, por eso, podía comulgar. La segunda vez fue el 3 de mayo de 1821. Murió el 5 de mayo. Su últimas palabras fueron: *Mon Dieu, Mi Dios* ¹⁴.

Deseo anotar que anteriormente, cuando estuvo confinado en la isla de Elba, un día quiso suicidarse, pero las pastillas que tomó no le hicieron el efecto deseado. Dio le dio una oportunidad para seguir vivo y arrepentirse, muriendo como católico.

VOLTAIRE

François Marie Arouet, que en 1717 prefirió escribir bajo el seudónimo de Voltaire como se le conoce, fue un escritor, historiador, filósofo y abogado francés. Es considerado como una de las principales figuras de la Ilustración, del siglo de las luces, que es un periodo histórico donde surge una corriente de pensamiento conocido como la Ilustración, que dio paso luego a la Revolución francesa. Voltaire fue uno de los principales propiciadores de esta Revolución con sus ideas de eliminar todo lo sobrenatural o intervención divina en la vida humana y aceptar solo lo que nos diga la razón y la ciencia.

Nació el 21 de noviembre de 1694 en Chatenay-Malabry. Estudió Derecho, pero no terminó su carrera, porque quería ser un hombre de letras. Una anciana, Ninon de Lenclos, le dejó una cuantiosa herencia para que pudiera estudiar y comprar libros. En 1713 trabajó como secretario de la embajada francesa en La Haya (Holanda), pero ese mismo año el embajador lo devolvió a París por sus relaciones con una joven refugiada llama Catherine Olympe (Pimpette). En 1714 estuvo de escribiente en una notaría y, a pesar de ser un plebeyo, fue invitado frecuente en los salones parisinos, donde asistían destacados nobles y gente importante del país.

En 1715, al morir Luis XIV, el duque de Orleans asume la regencia y Voltaire se atrevió a escribir una sátira contra él. Fue encarcelado en la Bastilla. Al año salió de la prisión y fue desterrado. En 1722 fallece su padre y le deja una gran fortuna de herencia. Aprovecha para visitar Holanda, acompañado de la

¹⁴ Ib. p. 249.

condesa viuda de Rupelmonde, su amante. Un año después está unido a la marquesa de Bernières y así hizo con varias mujeres.

En 1725 fue invitado a la boda del rey Luis XV, lo que le dio pie para ser un personaje importante en la Corte francesa, pero por sus pleitos con el noble Rohan es de nuevo apresado en la Bastilla por dos semanas; y decidió exilarse e ir a Inglaterra. Allí vivió dos años y medio (1726-1729). En este país descubrió la ciencia de Isaac Newton (1643-1727), cristiano protestante, a quien admiraba. También creyó que Inglaterra era el pueblo más sabio y más libre del mundo en ese tiempo.

En 1729 volvió a Francia con la idea de conseguir más riquezas, de fomentar la tolerancia contra la religión y el fanatismo y de difundir el pensamiento científico de Newton (descubridor de la ley de la gravedad). Consiguió mucho dinero al unirse a Charles Marie de la Condamine, que había descubierto un defecto en el sistema de lotería, concebido por el ministro de finanzas francés. Ganaron una cuantiosa cantidad de dinero y, aunque el ministro les puso pleito, no les castigaron porque no habían hecho nada ilegal. También hizo mucho dinero, adquiriendo una remesa de plata americana en Cádiz y especulando en diversas operaciones financieras. Otros muchos beneficios consiguió con la compra y venta de esclavos en unión con la Compañía de las Indias Orientales.

En 1733 publica *Cartas filosóficas* por las que ordenaron su detención. Él huyó de París y se refugió en el castillo de la marquesa de Chatelet. Así comenzó una profunda relación amorosa con la marquesa, matemática y física, Emilie du Chatelet, que duró 16 años. Viajó a Berlín y fue nombrado académico, historiógrafo y caballero de la Cámara real, pero la marquesa de Chatelet se enamoró perdidamente del joven poeta Saint-Lamber. Quedó embarazada y murió en 1749 por complicaciones del parto. Voltaire, al enterarse de éstos amores, se enfureció pero al fin aceptó la situación, aunque quedó deprimido.

En 1751, debido a disputas con el rey Federico II de Prusia, huyó a Francia, pero antes fue detenido en Francfort. En Francia no fue bien recibido por el rey Luis XV y se refugió en Suiza en una mansión, Les Délices, que había comprado cerca de Ginebra.

En 1758 compró una propiedad en Ferney (Francia) en la frontera con Suiza por si tenía que huir del país. Allí vivió 18 años como un gran señor con sus riquezas y sus amantes, dedicado a escribir. En este castillo de Ferney escribió miles de cartas que solía terminar con la expresión *écrasez l'infame* (aplástad al infame), refiriéndose al cristianismo, y en especial a la Iglesia católica.

En 1763 escribió su tratado sobre la tolerancia. Escribió que la justicia debe ser para todos igual, pero despreciaba al pueblo ignorante. Su frase era: *Cuando el populacho se pone a razonar, todo está perdido.*

Habla de tolerancia para todos y en todo, pero no para los fanáticos y supersticiosos y, como el cristianismo y en especial la Iglesia católica asegura que está llena de supersticiones, y todos sus creyentes son fanáticos, luego hay que perseguirlos y matarlos. De ahí su famosa frase *Ecrasez l'infame*. En muchísimas cartas y otros escritos lo dice en abreviaturas, escribiendo *ecrelinf* o *ecr.Línf*. Y dice claramente: *El infame es el cristianismo en la medida en que es el vehículo de ese fanatismo del que son portadoras las religiones reveladas. Con esto nos referimos a una religión que se pretende depositaria de la palabra divina, incluso cuando esta apoya posiciones contrarias a la moral universal, esto es, contra el conjunto de preceptos morales intangibles, que la razón ha inspirado en todos los pueblos y en todos los tiempos* ¹⁵.

Voltaire creía en un Dios, que había creado el universo, pero que no intervenía en la vida de los hombres. No creía en milagros ni en la Biblia ni en cosas sobrenaturales.

Al hablar de Jesús, cree en lo que dice el libro judío *Selfer Toldot Yeshu*, donde se afirma, y él se lo cree, que Jesús era hijo de una mujer casada en Belén con un hombre pobre llamado Yohanan, y engendrado de un soldado romano, llamado José Pandira, dando a entender que Jesús era un hijo bastardo. Y anota: *¿Jesús hizo milagros?* El primero es dejarse llevar por el diablo hasta lo alto de una montaña de Judea desde donde pueden verse todos los reinos de la tierra. Sus ropas se vuelven muy blancas ¡qué milagro! Transforma el agua en vino en el curso de una comida en la que todos los comensales ya estaban borrachos. Hace que se seque una higuera que no le ha dado higos para su desayuno a fines de febrero. Y el autor de este cuento tiene la honradez al menos de señalar que no era tiempo de higos. Come con prostitutas y después con aduaneros y aun así pretende en su historia que ve a esos aduaneros como personas abominables. Entra en el templo, en el patio en el que algunos pequeños comerciantes estaban autorizados a vender gallinas, palomas y corderos a quienes venían a hacer sacrificios. Toma un gran látigo y azota las espaldas de los comerciantes, los expulsa a corrales a ellos y a sus gallinas, palomas carneros e, incluso bueyes, tira todo su dinero por tierra y nadie hace nada por impedirselo...

El más hermoso de todos esos milagros fue en mi opinión aquel en el que Jesús introduce al diablo en el cuerpo de dos mil cerdos en un país en el que no

¹⁵ *Escritos anticristianos*, Ed. Laetoli, Pamplona, 2021, p. 591.

había cerdos... Fue ejecutado públicamente, pero resucitó en secreto. A continuación subió al cielo en presencia de 80 discípulos, sin que ninguna otra persona en toda Judea le viera subir a las nubes, cosa que habría sido desde luego muy fácil de ver y una gran noticia en todo el mundo.

Nuestro símbolo, que los papistas llaman credo, que atribuyen a los apóstoles, nos enseña que Jesús, antes de subir al cielo, se fue a dar un paseo por los infiernos. Notad que los evangelios no dicen ni una sola palabra sobre esta cuestión y aun así es uno de los principales artículos de fe de los cristólos ¹⁶.

Sobre su muerte, Federico Lachevre escribió el documento *Voltaire mourant* y anota las declaraciones de testigos oculares sobre lo sucedido en su muerte. Entre estos testigos está el padre Gautier, que repetidas veces se acercó a Voltaire, queriendo confesarlo para que pudiera reconciliarse con la Iglesia, y escribió una Memoria para el arzobispo sobre sus entrevistas. Wagnière, secretario de Voltaire, escribió una *Relación* minuciosa sobre sus últimos días, titulada *Mort d'Arrouet* (sic) de Voltaire.

Voltaire, teniendo ya 84 años, quiso morir en París y regresó desde su castillo de Ferney el 5 de febrero de 1778 con su cocinero y su secretario Wagnière. El 25 de febrero le vino un vómito de sangre y el médico Tronchin se mostró alarmado. Voltaire le ordenó a su secretario que escribiera al padre Gautier para que viniera a verle pues decía que no quería que su cuerpo fuera echado a un estercolero (en realidad a una fosa común), si moría como pecador público fuera de la Iglesia, ya que no podía ser enterrado en tierra sagrada, de un cementerio.

El padre Gautier fue a visitarlo, ofreciéndole sus servicios espirituales. Dice el secretario: *Cuando salió de hablar, yo le pregunté a Voltaire si estaba satisfecho de la visita y me respondió que Gautier era un buen imbécil.*

Como continuaron sus vómitos de sangre, el párroco de su parroquia de San Sulpicio de París, padre Tersac, fue a casa de Voltaire y fue recibido. Le manifestó que para reconciliarse con la Iglesia y recibir los sacramentos era necesaria una retractación pública de los escándalos que había dado. Pero cuando Tersac le mostró la fórmula que había sido aprobada por el arzobispo de París, Voltaire dijo: *Me gusta, la encuentro aceptable, pero tiene alguna falta de estilo, dejádmela y en 24 horas la retocaré un poco.*

El asunto no era la forma, sino el fondo de la retractación y prefirió hablar con el padre Gautier, que le era daba más confianza. Lo visitó de nuevo Gautier y

¹⁶ Escritos anticristianos, *Examen importante de Lord, Bolingbroke*, pp. 105-113.

Voltaire dijo que quería confesarse con él. El padre Gautier recordó que antes debía hacer la retractación pública. Voltaire escribió de su puño y letra lo siguiente: *Yo, el infrascrito, declaro que hallándome ya hace cuatro días atacado de vómitos de sangre a la edad de 84 años y no pudiendo trasladarme a la iglesia, habiendo el señor cura de San Sulpicio querido añadir a sus buenas obras la de enviarme al padre Gautier, sacerdote, me he confesado con él y que, si Dios dispone de mí, yo muero en la religión católica en la que nací, esperando de la misericordia divina que se dignará perdonar todas mis faltas y que, si alguna vez escandalicé a la Iglesia, pido perdón a Dios y a ella. Voltaire 2 de marzo de 1978.*

El padre Gautier manifestó que esa fórmula era insuficiente y quería primero comunicarla al arzobispo, quien al leerla la consideró insuficiente. Al día siguiente se presentó de nuevo Gautier, pero no le permitieron entrar. Le escribió una carta y, después de 12 días, le contestó diciendo que, cuando estuviera mejor, lo recibiría. Ciertamente Voltaire mejoró y aclaró a algunos de sus amigos: *No quiero que mi cuerpo lo echen a un muladar.*

El 30 de marzo se presentaba su obra *Irene* en la Comedia francesa por sexta vez. Acudió Voltaire y lo recibieron con muchos aplausos. El 7 de abril fue recibido en la logia masónica de los Nueve hermanos. Después de su muerte le hicieron solemnes honras fúnebres en la logia masónica de los Nueve hermanos de París.

Durante los días de su enfermedad, para poder sentirse más fuerte, tomó demasiado café, llegando a perder el sueño, tomó una redomita de licor y le sobrevino una excitación grande que pretendió calmar con una preparación de opio. Llegó el médico Tronchin y afirmó pocos días después de la muerte de Voltaire que lo encontró en un estado de desesperación y demencia espantoso. Acudió el párroco de San Sulpicio y habló con algunos presentes, especialmente con el sobrino de Voltaire, padre Mignot, y avisó claramente que si no había retractación de los escándalos que había dado contra la Iglesia, no podría darle sepultura eclesiástica en tierra sagrada del cementerio.

Los últimos días los pasó con fuertes dolores. Todo el mal radicaba en el bajo vientre con un calor tan grande que no era posible mantener la mano sobre la piel. En esos momentos de terribles dolores, no soportaba a nadie y entraba en estados de furor y desesperación. Gritaba: *Me abraso y daba golpes, juraba y vomitaba atroces injurias.* Pedía con frecuencia un estanque de hielo. Todos los refrigerantes externos, que se le podían proporcionar no eran eficaces para extinguir el fuego que ardía en su interior. Desnudo sobre el lecho, no podía soportar nada que lo cubriera. Y, si la enfermera no le entendía, prorrumpía en cuantos desatinos pueden imaginarse a impulsos de su cólera. Levábase a la

boca su vaso de noche. Todo lo que había alrededor lo ensuciaba y embadurnaba sus manos con lo que había en el vaso de noche.

Llegó el 30 de mayo, último día de su vida. Su sobrino, el padre Mignot, fue a ver al padre Gautier, diciéndole que Voltaire quería confesarse, pero solo con él. Gautier aclaró que antes de confesarse había que hacerle retractarse y llevó la fórmula aprobada por el arzobispo. Es la siguiente:

Retracto cuanto he podido decir, hacer o escribir contra las buenas costumbres, contra la religión cristiana en la que yo he tenido la dicha de nacer, contra la persona adorable de Jesucristo, cuya divinidad se me acusa de haber atacado, y contra su Iglesia, en la que yo deseo morir, haciendo retractación actual a la faz del universo, escandalizado por las obras que han aparecido con mi nombre durante tantos años. Y esta retractación no es efecto de la debilidad de mis facultades causada por mis muchos años sino de la gracia de Jesucristo de la que soy tan indigno que me abre los ojos para ver el horrible peligro en que los delirios de mi imaginación me han sumergido. Deseo que esta retractación sea publicada en todos los periódicos y gacetas de Europa a fin de que iguale en lo posible su difusión la de los escándalos que yo quisiera reparar los pocos días que me restan de vida. Hecha en París el 30 de mayo en presencia del señor cura de San Sulpicio y del padre Gautier.

Llegaron a la casa los dos sacerdotes. El salón estaba lleno de gente. Cuando Villette anunció la visita del cura de San Sulpicio, Voltaire se volvió y se agitó con violencia y, extendiendo repetidas veces los brazos en ademán amenazador contra su párroco y lanzando miradas furibundas, barbotaba palabras que no se pudieron entender. Se acercó el padre Gautier y su voz calmó los furios del enfermo, que le tomó las manos, diciéndole: *Señor abate Gautier*. Y continuó divagando, voluntaria o simuladamente. Al cabo de un rato el padre Gautier, convencido de la inutilidad de su ministerio y del de su compañero, invitó a este a retirarse. Se detuvieron en el salón donde hostigaron al uno para la sepultura eclesiástica y al otro para lograr una papeleta de confesión. El cura de San Sulpicio escribió: *Consiento en que el cuerpo del señor Voltaire sea llevado sin ceremonia alguna y prescindo por lo que a él atañe de todos los derechos curiales. Hoy, 30 de mayo de 1778.*

El padre Gautier escribió: *Certifico a quien corresponda que he venido a petición del señor Voltaire y que he hallado que no estaba en estado de ser oído en confesión. Hecho en París hoy 30 de mayo de 1778.*

Según testigos presenciales, unos momentos antes de morir dio un grito espantoso, tuvo violentas convulsiones e hizo muecas que helaron de horror a los asistentes. La enfermera Roger, aunque estaba acostumbrada a ver moribundos,

quedó como muerta de terror y estuvo mucho tiempo sin poder echar de sí la impresión hondísima que le causó esta muerte. La mujer del cocinero de Voltaire, Bardy, que le asistió sus últimos cuatro días, cayó gravemente enferma de las terribles impresiones. Fue preciso sangrarla dos veces. Su hija decía que el estado de su madre se debía a la muerte de Voltaire y anotaba: *Ha muerto como un perro* ¹⁷.

La gaceta de Colonia escribió el 7 de julio de ese año 1778: *La muerte de Voltaire no ha sido una muerte tranquila. Si lo que escribe de París una persona muy respetable y lo que por otro lado está atestiguado por el señor Tronchin (médico), testigo ocular irrecusable es exactamente cierto. Poco tiempo antes de la muerte Voltaire entró en un estado de agitación espantoso, gritando con furor: "Estoy abandonado de Dios y de los hombres". Se mordía los dedos y metiendo las manos en el orinal y tomando lo que había, se lo comía. Quisiera yo, dice Tronchin, que cuantos han sido seducidos por sus libros hubieran presenciado esta muerte. Es imposible resistir a tal espectáculo.*

Después de su muerte, su cadáver fue embalsamado y puesto en una carroza, emprendió el camino hacia su castillo de Ferney, pero su sobrino, el abate benedictino Mignot, se había adelantado y convenció al abad del monasterio para acoger a Voltaire temporalmente. El abad accedió y lo enterraron en una fosa abierta en el centro de la iglesia, cubriéndolo con cal viva. Trece años más tarde, en 1791, la Asamblea nacional de Francia decretó la traslación de los restos de Voltaire al Panteón Nacional de París.

BENITO MUSSOLINI

Benito Mussolini (1883-1945) era hijo de Alejandro, el herrero del pueblo, un socialista radical, anarquista y anticlerical. Su madre era Rosa Maltoni, maestra católica fervorosa. Sus padres lo enviaron interno a un colegio de salesianos, lo que consideró como un castigo, de donde fue expulsado por haber agredido a un compañero con un cuchillo.

Estudió y se hizo maestro como su madre, después consiguió el título de profesor de Liceo y enseñó francés. Estudió alemán y francés y se formó en el sindicalismo revolucionario. Leyó a Nietzsche y le fascinó su teoría del superhombre y siempre tuvo sueños de grandeza.

A los 26 años era ya director de la revista semanal *La lotta di classe*. Estuvo en la cárcel en algunas ocasiones por sus críticas. En el Congreso

¹⁷ Anotaciones del libro *La mort d'Arroüet* (sic) de Voltaire.

nacional socialista de julio de 1912 tuvo éxito con su oratoria brillante. Cuatro meses después consiguió ser director del Diario *Avanti*, órgano oficial del partido socialista. Fundó la revista *Utopía* para intelectuales, inspirada en los escritos de Tomás Moro. Después fundó un periódico propio: *Il popolo d'Italia* desde el 14 de noviembre de 1914. Él se consideraba socialista y creía en el marxismo como doctrina científica de la revolución de clases.

Se casó con Rachele y tuvo con ella cinco hijos. Físicamente se parecía más a su madre, pero psíquica y políticamente era la imagen de su padre, sobre todo en su violencia y en su afán por las mujeres. Algunos dicen que era alérgico a la ley porque le gustaba quebrantarla y por eso estuvo varias veces en la cárcel. Uno de sus deportes favoritos era desplumar vivos a los pollos. Cuando su madre lo obligaba a ir a la iglesia de niño, pellizcaba a la gente para que gritara en la iglesia y lo mismo hacía en el colegio. De joven se jactaba de ser un buen don Juan y no era delicado con las mujeres. Era supersticioso y en su maleta llevaba siempre una herradura.

En 1921 salió elegido diputado y fundó el fascismo. Ese mismo año el rey fue presionado para nombrarlo primer ministro. Formó un gobierno de coalición y los *camisas negras* como eran llamados los fascistas, hicieron su entrada triunfal en Roma, llegando así Mussolini a tener el poder absoluto, siendo el rey una figura decorativa. Su gobierno fue dictatorial. A los jóvenes que se adherían a su partido les obligaba a hacer un juramento de fidelidad: *Juro seguir sin discutir las órdenes del Duce y servir con todas mis fuerzas, si fuera necesario con mi propia sangre, la causa de la revolución fascista*. Esta fórmula disgustó mucho al Papa. Y este juramento fue obligatorio también para los médicos, periodistas, artistas etc., que querían pertenecer a su partido. Suprimió el derecho a la huelga y los sindicatos y patronales; patronos y obreros debieron incorporarse a las organizaciones creadas por el gobierno. Todo estaba bajo control del Estado.

Al llegar la segunda guerra mundial, se alió con Hitler, a quien admiraba y quedó establecido el pacto de Acero (1939). Pero cuando comenzaron las derrotas de Alemania, el Gran Consejo fascista destituyó a Mussolini (25 de julio de 1943). Al día siguiente, el rey ordenó su detención y encarcelamiento. Dos meses después se firmaba el armisticio con los aliados. El 12 de septiembre de 1943 fue liberado de la cárcel por paracaidistas alemanes. Todavía creyó Mussolini que podía superar la derrota italiana y creó en los territorios controlados aún por Alemania, la República fascista de Saló. Hizo ejecutar a los miembros del Gran Consejo fascista que lo habían destituido, entre ellos a su yerno Galeazzo Ciano. Pero ya veía venir la derrota y solo pensaba en salvarse en Suiza. El cónsul español en Milán, afirmó: En la última entrevista conmigo, Mussolini estaba agitadísimo con los ojos fuera de las órbitas y se notaba

abiertamente su desesperación. Me dijo: *Esto se acaba. Los soldados huyen y me estoy quedando sin gente* ¹⁸. Ante el avance de los aliados quiso huir a Suiza, intentó cruzar la frontera disfrazado de oficial alemán, pero fue descubierto por partisanos comunistas (27 de abril de 1945). Al día siguiente, fue fusilado con su compañera Claretta Petacci, 32 años más joven que él. Sus cadáveres fueron expuestos para escarnio público en la plaza Loreto de Milán. Así terminó Mussolini que durante 20 años había tenido el poder absoluto en Italia.

Al rey Víctor Manuel III lo rechazaron los italianos en el referéndum popular de 1946, deseando formar una República. Al poco tiempo murió el rey en el exilio, en Alejandría en 1947.

En cuanto a la religión, Mussolini era anticlerical y se burlaba de las cosas sagradas y religiosas. Sin embargo, se casó por la Iglesia y bautizó a sus hijos. A veces decía que la ciencia había probado que Dios no existía y que Jesucristo no había sido más que un judío ignorante, a quien su misma familia había considerado un loco, y que era un pigmeo al lado de Buda. A los curas los llamaba microbios negros, siervos del capitalismo y perseguidores de los judíos. Para él la religión era solo una enfermedad psicológica.

Pero al final de su vida, estando preso en la isla de Ponza, empezó a leer la vida de Cristo de Ricciotti y decía: *Es un libro fantástico, que se lee de un tirón*. Y en su testamento, que nadie ha encontrado, según afirmaba su hijo Vittorio, se declaraba hijo de la Iglesia católica y pedía que se le enterrara sin pompas. Felizmente para la Iglesia, él fue quien firmó el Concordato o Pactos lateranenses junto con el rey entre Italia y el Vaticano con el Papa Pío IX concediendo la independencia al Estado del Vaticano y otros muchos beneficios. Por ello, algunos dicen que era anticlerical y vaticanista. Este pacto fue firmado el 11 de febrero de 1929, poniendo así fin a 60 años de polémicas entre el Estado italiano y la Santa Sede, a quien le habían arrebatado los Estados Pontificios, que había tenido desde que Pipino el Breve, padre de Carlomagno, se los había concedido al Papa el año 756. Arrebatados por Garibaldi en 1870.

El mayor defecto de Mussolini según sus biógrafos, fue el haberse creído un genio militar. El creyó en la superioridad bélica de Alemania y quiso unirse a él para poder disfrutar del supuesto festín al terminar la guerra. Creyó en Hitler hasta el final, pensando que podía tener armas secretas que le darían la victoria. Millones de italianos padecieron las consecuencias de la guerra de Etiopía y, sobre todo, las consecuencias de la segunda guerra mundial por su equivocada decisión de entrar en guerra. ¡Cuántos miles de muertos arrastraría cuando le dio cuentas a Dios de su vida!

¹⁸ Juan Arias, *La caída de Mussolini*, Ed. Planeta, Barcelona, 1995, p. 71.

Dios se manifestó a él por medio de la beata Esperanza. La Madre escribió en su Diario: *Hoy 25 de abril, durante la noche, me he distraído y el buen Jesús me ha hecho encontrarme con Mussolini, transportándome a una habitación donde él se hallaba escribiendo... Él, levantándose irritado, me preguntó quién me había hecho entrar. Le respondí que Jesús y él, furioso y fuera de sí, respondió: “¿Pero qué Jesús?, dígame por qué puerta ha entrado”. Le dije: “No lo sé”.*

CARTA A BENITO MUSSOLINI

El 23 de abril de 1940 la beata sor Elena Aiello le escribió a Benito Mussolini una carta de parte de Dios en la que le decía: *Ayer, 22 de abril, el Señor se me ha aparecido, ordenándome de hacerle saber lo que sigue. El mundo está en ruinas por los muchos pecados, y sobre todo, por el pecado de impureza. Por eso tú (Elena) deberás sufrir y ser víctima expiadora por el mundo y especialmente por Italia, donde está la sede de mi Vicario. Mi reino es un reino de paz.*

Los gobernantes de los pueblos están ansiosos por conquistar nuevos territorios: ¡Pobres ciegos! En su corazón no hay más que maldad y no hacen más que ultrajarme y despreciarme. Son demonios de discordia.

Francia, tan querida a mi Corazón, caerá en ruina por sus muchos pecados y será devastada. A Italia, por ser sede de mi Vicario, he enviado a Benito Mussolini para salvarla del abismo hacia el cual es enviada. De otro modo quedará en peores condiciones que Rusia. Ahora debe mantener a Italia fuera de la guerra, porque Italia es la sede de mi Vicario en la tierra. Si hace esto, tendrá favores extraordinarios, pero él ha decidido declarar la guerra. Sepa que, si no la impide, será castigado por mi justicia.

Todo esto me ha dicho el Señor. No crea, oh Duce, que yo me ocupe de política. Soy una pobre religiosa, dedicada a la educación de las niñas abandonadas, y pido mucho por su salvación como por la de nuestra patria.

El 15 de mayo de 1943 le envió otra carta a Mussolini, pero dirigida a la hermana del Duce, Eduviges. En ella escribe así: *Nosotras nos encontramos en Cosenza por causa de los bombardeos. La barbarie enemiga ha desfogado su odio descargando bombas sobre la ciudad de Cosenza, causando devastación, dolor y muerte entre la población.*

Yo me encontraba en cama con sufrimientos. Tres bombas han caído cerca de nuestro Instituto, pero el Señor nos ha salvado por su infinita bondad y

misericordia. Para tener alejadas a las niñas del peligro de nuevos bombardeos nos hemos refugiado en Montalto, mi pueblo natal, donde nos encontramos a disgusto, pero todo lo ofrecemos al Señor por la salvación de Italia.

La razón de este escrito es para dirigirme a Ud. Recuerde que el 6 de mayo de 1940 escribimos al Duce que había decidido hacer la guerra, mientras el Señor le hacía saber que debía salvar a Italia de la guerra, pues de otro modo sería castigado por su justicia.

Si el Duce hubiera oído las palabras de Jesús, Italia no estaría ahora en tan triste condición. Yo pienso que el corazón del Duce estará triste al ver a Italia transformada, de un jardín florido, en un campo desierto, sembrado de dolor y muerte. Por eso, querida Eduviges, dígame al Duce a nombre mío que este es el último aviso que el Señor le manda. Podrá salvarse, poniendo todo en manos del Santo Padre. Si no lo hace, pronto descenderá sobre él la justicia divina. Recuerde que el 7 de julio del año pasado, cuando me preguntó qué sería del Duce, le respondí que, si no se mantenía unido al Papa, terminaría peor que Napoleón. Ahora repito las mismas palabras: Si el Duce no salva a Italia, haciendo cuanto dirá y hará el Santo Padre, pronto caerá.

El Señor dice frecuentemente que Italia se salvará por el Papa, que es víctima expiadora por este flagelo. No hay otro camino para la verdadera paz y la salvación de los pueblos. ¿Quién es el que ha causado tanta ruina a Italia? ¿No ha sido el Duce por no haber oído las palabras de Jesucristo? Ahora podrá remediarlo, haciendo cuanto quiere el Señor. Yo no dejaré de rezar.

Benito Mussolini (1883-1945) murió fusilado el 28 de abril de 1945. El año 1961 Elena tuvo una visión que fue transcrita por el padre Francisco Mazza, que estaba presente. En la visión se le presentó Mussolini y De Gasperi, Primer ministro de Italia (1945-1953). Ambos estaban muertos. Mussolini le dijo que estaba en el purgatorio. En esa visión vio la Ciudad del Vaticano, invadida de comunistas, con persecuciones contra el Santo Padre y la Iglesia. En otra ocasión se le apareció De Gasperi y le manifestó que también él estaba en el purgatorio¹⁹.

Quizás ya está Mussolini en el cielo, no lo sabemos. Puede estar aun en el purgatorio. Lo cierto es que su madre era, según todos sus biógrafos, una fervorosa católica y oró mucho por su hijo Benito Mussolini.

¹⁹ Speziale Vincenzo, *Dio scrive a Mussolini*, Ed. Segno, 1996, pp. 69-73.

MANUEL AZAÑA (1880-1940)

Fue presidente en la II República española (1936-1939). En su libro *El jardín de los frailes* presenta la religión como una cárcel de la que quiere salir para ser libre. Abandonó la religión sin llenar el vacío existencial que le dejó. Una de sus frases más célebres fue: *Ni todos los conventos de Madrid valen la vida de un republicano*. Otra fue: *España ha dejado de ser católica*.

Formó parte del Comité revolucionario que contribuyó a la instauración de la II República española el 14 de abril de 1931. En las elecciones a las Cortes Constituyentes en junio de 1931 fue confirmado como jefe del Ejecutivo. En mayo de 1936 fue elegido como Presidente de la República. Dimitió en febrero de 1939 ante el avance de las tropas de Franco y se exilió en Francia, estando ya gravemente enfermo del corazón. Murió el 3 de noviembre de 1940 en Montaubán (Francia).

En los últimos meses de enfermedad dejó su ateísmo y aceptó la fe católica. Su esposa Dolores Rivas Cherif, siempre fue católica practicante y él respetó su fe. Ella escribió una carta a su hermano Cipriano de Rivas en la que le dice: *Supo nuestro enfermo la llegada a Montaubán del nuevo obispo por el gran aparato de campanas en la catedral que teníamos enfrente. Comentó conmigo lo bonita que sería la ceremonia en la catedral y dijo: "Lástima no poder verlo", recordaba con ese motivo las fiestas de la iglesia de El Escorial. Días después recordó al obispo y en otro momento volvió a decir de qué buena gana lo vería. Insistió varias veces en este deseo al que yo me resistía... Su afán por ver al obispo llegó a ser tan grande que, estando Saravia con nosotros, se dolió con él de que yo no le escuchara...*

A veces, mirando a la puerta de la catedral desde la ventana repetía con su insistencia de enfermo en el deseo de conocer al obispo... Un día acompañada de la monja sor Ignace, hermana de la Caridad, fuimos a ver al obispo, quien recibíendome en el acto, trató de calmarme y consolarme... Al día siguiente, fue a visitarle el obispo, que, viendo que el enfermo se cansaba, nos dejó enseguida. Volvió otro día acompañado de un cura español refugiado en Francia, a quien yo no conocía, pero no accedí a que el cura viera al enfermo y sí acepté al obispo... Otro día, viendo que el enfermo estaba más grave, vino el obispo con la monja. El obispo lo visitó varias veces y estuvo con el enfermo cuando falleció, aunque yo no estaba ²⁰.

²⁰ Sanz Agüero Marcos, *Manuel Azaña*, Ed. Círculo de amigos de la historia, Madrid, 1975, pp. 225-229.

El obispo, Monseñor Théas, escribió en el boletín oficial del obispado que a Manuel Azaña Díaz le había administrado el sacramento de la penitencia (confesión) y la unción de los enfermos ²¹.

El obispo Théas escribió en 1940, al día siguiente de la muerte de Azaña, sobre lo sucedido. También escribió sobre este hecho en otro documento de 1952 y en otro de 1958 ²². En el documento de 1940 afirma que el expresidente le dijo: *Vuelva a visitarme todos los días. Y todos los días por la tarde iba a conversar un rato con él. Hablábamos de la Revolución, de los asesinatos, de los incendios de las iglesias y conventos. Él me hablaba de la impotencia de un gobernante para contener a las multitudes desenfrenadas y detener el movimiento que se había desencadenado* (documento de 1958).

Un día, deseando conocer los sentimientos íntimos del enfermo, le presenté el crucifijo. Sus grandes ojos abiertos, enseguida humedecidos por las lágrimas, se fijaron largo rato en el Cristo crucificado. Seguidamente lo cogió de mis manos, lo acercó a sus labios, besándolo amorosamente por tres veces y exclamando cada vez: “Jesús, piedad, misericordia” (documento de 1958). En el documento de 1940 escribe el obispo: *El presidente manifestó sentimientos cristianos. Por sí mismo y repetidas veces besó con fervor el crucifijo que se le presentaba, pronunciando palabras como estas: “Dios mío, piedad, misericordia”* (1940).

Continúa el obispo: *Este hombre tenía fe. Su primera educación cristiana no había sido inútil. Después de errores, olvidos y persecuciones, la fe de su infancia y de su juventud informaba de nuevo la conducta de los últimos días de su vida* (1958).

A la pregunta: *¿Desea usted el perdón de sus pecados? Respondió: Sí* (1940). *Recibió con plena lucidez el sacramento de la penitencia, que yo mismo le administré* (1952). En el documento de 1958 dice claramente el obispo: *Invité al enfermo al sacramento de la penitencia y lo recibió de muy buen grado* (1958).

Cuando pedí a la señora Azaña que me permitiera llevar el Viático (comunión) a su marido, estaba yo seguro de que el enfermo quería recibir la comunión. Pero choqué con la negativa obstinada de N. Cinco veces me presenté y las cinco tuve que marcharme. Se me decía: “Eso le impresionaría demasiado” (1952). Anotemos que la misma señora Azaña ignoraba que le hubieran

²¹ Ib. pp. 229-230.

²² Estos documentos se encuentran copiados por el padre Gabriel Verd en la revista *Razón y fe*, N° 1058, diciembre de 1986.

impedido cinco veces el darle la comunión, ni sabía quién había sido. *La noche del 3 de noviembre de 1940, a las 11 p.m., la señora Azaña me mandó llamar. Acudí inmediatamente y en presencia de sus médicos españoles, de sus antiguos colaboradores y de su esposa, administré la extremaunción y la indulgencia plenaria al moribundo en plena lucidez. Después, sujetas sus manos entre las mías, mientras yo le sugería algunas piadosas invocaciones, el presidente expiró dulcemente en el amor de Dios y la esperanza de su visión* (1958).

Después de su muerte, Monseñor Théas afirma: *La señora del presidente, conociendo el fin cristiano de su marido, pidió exequias religiosas que después de un acuerdo con el señor arcipreste, consistirían en un simple responso en la catedral sin levantamiento del cadáver, ni misa* (1940). *Pero el día 5 de noviembre (día del entierro) la señora del presidente estaba muy cansada y decidió no asistir a la ceremonia. El cortejo fúnebre, en lugar de ir a la catedral, donde se le esperaba, se dirigió al cementerio y el entierro fue puramente civil* (1940).

Contra la voluntad del presidente y de su viuda se hizo presión para dirigir el cortejo fúnebre directamente al cementerio, impidiendo la ceremonia religiosa, que había sido prevista en la catedral (1958). *El cónsul de México dispuso el entierro civil del presidente. La viuda, después, no se atrevió a protestar, porque México pagaba todos los gastos del hotel al presidente y a los que le acompañaban* (1952). *Azaña fue enterrado con la bandera mexicana, pues el gobierno de México pagó la sepultura.*

Esa misma tarde del entierro la señora Azaña acudió al obispado para agradecer a Monseñor sus visitas y su ministerio cabe el presidente. Le manifestó también su pesar por el carácter puramente laico que se le había dado, mal de su agrado, a los funerales de su marido (1940).

Y añade Monseñor Théas: *El entierro fue civil, pero la muerte había sido cristiana. ¿Acaso no es esto lo esencial?* (1958). Los restos de Manuel Azaña descansan en el cementerio de Montaubán bajo una cruz de bronce, como mandó su viuda.

Nota.- El documento del obispo del 7 de noviembre de 1940 (al día siguiente del entierro) se publicó en el *bulletin catholique du diocese de Montauban*, pp. 338-339. El documento de 1952 fue una carta del obispo dirigida al padre Guichommerre. El documento de 1958 (del 31 de diciembre de 1958) fue publicado en el boletín oficial eclesiástico del obispado de Vich, tomo 111, N° 2520.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído los testimonios que anteceden podemos decir: Vale la pena hacer un esfuerzo para aprobar el examen que tenemos que dar de nuestra vida en este mundo y que consiste en amar a Dios y a los demás. Precisamente Jesús nos dijo claramente: *Os doy un mandamiento nuevo que os améis los unos a los otros* (Jn 13,34). ¿Qué podemos decir de aquellos que pensando solo en conseguir placeres corporales en este mundo se dedican a conseguir dinero y más dinero, aunque sea a costa de robar, estafar o asesinar?

¿Qué pensarán en las noches en que no puedan dormir y sientan el remordimiento de su conciencia? La vida vale la pena vivirla, pero vivirla bien, porque vivirla solo para tener dinero y placeres nos dejará el alma vacía en esta tierra y después por toda la eternidad. Dios ha querido darnos la libertad para decidir libremente nuestro futuro temporal y eterno. Él respetará nuestras decisiones, porque no quiere obligarnos a ir al cielo, donde todo será amar y ser amados. Si uno prefiere odiar y hacer daño en este mundo, también lo preferirá eternamente, yéndose con la compañía de los demonios y no con Dios.

Esto me hace pensar que muchos hombres no entienden la lección más elemental que todo ser humano debe aprender y es que esta vida es muy breve y que lo importante es la eternidad que sigue a la muerte y debemos vivir para la eternidad y no para los cuatro días de este mundo. Ya lo decía san Agustín: *La primera lección que debe aprender todo ser humano es que él por sí mismo no es nada ni vale nada y, si algo tiene, es un regalo de Dios*. La conclusión es clara: Vivir para Dios, que es nuestro Padre bueno, que nos ha dado la vida, porque quiere hacernos felices con él eternamente, pero sin obligarnos.

¿Qué debemos hacer? Reflexionar en cómo vamos con nuestra vida y, si hace falta, corregir el rumbo para vivir en una perspectiva de eternidad.

Que Dios te bendiga por medio de María. Recuerda que María es tu madre y te ama, que tienes un ángel que te acompaña en todos los momentos durante este viaje por la vida y que tienes muchos hermanos santos y ángeles en el cielo, que te pueden ayudar en la medida en que tú los invoques. Que seas feliz con Dios eternamente. Es mi mejor deseo para ti. Jesús te espera en el cielo. No lo olvides.

Tu hermano y amigo para siempre.
P. Ángel Peña O.A.R.
Agustino recoleto

